
CAPÍTULO 2
LOS PROCESOS DE ATRIBUCIÓN HOSTIL,
SU EFECTO EN LA MOVILIDAD,
Y LA NECESIDAD DE UNA
EDUCACIÓN CONCIENTIZADORA

*Gabriel Dorantes Argandar**

La relación entre el individuo y su contexto en muchas ocasiones podría ser caracterizada como de amor-odio. Los seres humanos dependen de la realidad para obtener todos los recursos materiales necesarios para sobrevivir y afrontar las vicisitudes de la vida humana. Sin embargo, la naturaleza ha proveído al ser humano con dispositivos sensoriales que lo vinculan con la realidad de una manera meramente satisfactoria, no de una manera excelente. El ojo humano no es capaz de procesar el espectro luminoso en su totalidad, y el oído humano no es capaz de procesar todas las longitudes de onda que las estructuras internas del oído procesan como sonido.

Esto resulta peor aún, si sabemos que el mero vínculo objetivo del individuo con su realidad verdadera, y la transformación de los impulsos eléctricos generados por los dispositivos sensoriales dependen de un proceso de percepción y elaboración cognitiva, que

* Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

necesariamente debe seleccionar información relevante y separarla de la no relevante para las prioridades del individuo. Ahí es donde el asunto se complica, al grado de que en muchas ocasiones la supervivencia de algunos individuos sólo se puede explicar a partir de la suerte y la intervención divina.

Diversos factores inciden en los procesos cognitivos –que buscan un entendimiento de la realidad para el individuo–, el mero espacio subjetivo en el cual el individuo invierte sus recursos cognitivos para garantizar su supervivencia y afrontar los embates de la realidad. La herencia genética de los seres es la primera fuerza que genera los cimientos neurológicos determinantes de las capacidades y la disponibilidad de recursos psicológicos; pero, detrás de ésta, vienen necesariamente todas las fuerzas asociadas al desarrollo psicológico: infancia, adolescencia y adultez. En este ámbito se sitúa este capítulo: es necesario explicar por qué los procesos educativos deben enfatizar en el resultado directo que tienen como tal en la conciencia del individuo, y en la generación de realidad por el propio individuo. Es preciso justificar cómo la absorción de experiencia del individuo incide en cómo éstos transforman la realidad y cómo interactúan con ella.

¿Qué es el proceso de *atribución*? La máxima claridad de este proceso se puede entender a partir de un sencillo ejemplo. Juan camina por la calle, tropieza y se cae. ¿Por qué se cayó Juan? Porque sus capacidades cognoscitivas y físico-motoras le impiden terminar la tarea de caminar por la calle con suficiente eficiencia, de tal manera que su bienestar físico y psicológico no pueden ser garantizados. Sin embargo, si el autor de este capítulo va caminando por la calle, tropieza y se cae, la búsqueda de una explicación del incidente probablemente llegue a considerar la incapacidad del gobierno de invertir en infraestructura que garantice el bienestar de todos los ciudadanos, las corruptelas de todos los políticos y funcionarios que invierten el dinero del pueblo en sus banalidades personales en lugar de invertirlo en infraestructura de calidad para que el ciudadano peatón pueda moverse pleno de bienestar psicológico y fisiológico.

El procesamiento de las relaciones entre la causa y el efecto se construye a partir de un fino proceso de ensayo y error, fundamentado en la adquisición de capacidades intelectuales que se van activando durante el desarrollo del individuo. Más aún, las creencias implícitas de los individuos respecto de sí mismos y del entorno se vuelven más esquemáticas conforme el individuo transita de la niñez a la adultez; esto no sólo promovería las diferencias individuales (Robins y Pals, 2002), sino también explicaría cómo dos individuos pueden atribuir causas completamente diferentes a un mismo evento, dado en un mismo espacio-tiempo.

La teoría de atribución causal indica que la percepción de la causa de un comportamiento determinado viaja en dos dimensiones cognitivas transversales: locus de control y estabilidad o permanencia (Lennon *et al.*, 2011). Robins y Pals (2002) postulan que las asunciones implícitas de un individuo sobre sí mismo, respecto de la cantidad y calidad de sus recursos cognitivos, determina el esfuerzo e implicación de ese individuo para alcanzar una meta determinada. Aquellas personas que asumen que sus capacidades tienen un límite y prefieren “jugar conservadoramente” tienden a evadir tareas difíciles y evitan ponerse en situaciones donde se critique su trabajo; aquellas que buscan ampliar sus recursos y trascenderlos suelen involucrarse en tareas de alta complejidad.

El procesamiento atribucional puede ser visto como una categoría de pensamientos que se generan como respuesta a un episodio capaz de ocasionar enojo, que muy probablemente influya en las emociones experimentadas y los comportamientos desencadenados (Britt y Garrity, 2006). Sin embargo, las evaluaciones cognitivas consideran cinco dimensiones causales (intencionalidad, controlabilidad, locus de control, estabilidad –consistencia, en el tiempo, y globalidad– consistencia durante las situaciones) del comportamiento de las demás personas, esto con el fin de atribuir la causa del evento (Lennon y Watson, 2015).

¿Qué tanto se inserta en los programas educativos el objetivo de ampliar la evaluación subjetiva de los recursos psicológicos de

un individuo para que sea más propenso a elegir tareas cada vez más complejas? Según este autor, el esfuerzo sí viene inmerso en la currícula, pero no necesariamente manifiesto como un objetivo; y esto permitiría abordar este tema directamente en el momento de su desarrollo por especialistas en diversas áreas, quienes pueden ampliar las capacidades de los individuos en formación, tanto en su desempeño como futuros profesionales, como en la calidad de sus interacciones interpersonales.

Este asunto es fundamental en las relaciones interpersonales, cualquiera que sea su función (desde sentimentales/platónicas, hasta profesionales/laborales). Las situaciones que dependen de emociones tales como el enfado, la vergüenza, el orgullo y la gratitud, son fuertemente influenciadas por las atribuciones causales; de esta manera, un individuo que atribuye su éxito a causas internas siente orgullo, y aquel que lo atribuye a causas externas siente gratitud (Kim y Hoon, 2015).

Tang y Reynolds (1993) encuentran una relación entre la autoestima, la dificultad de la tarea ante la incertidumbre, la atribución de la habilidad y la satisfacción por cumplir con la tarea. Es poco debatido el hecho de que los individuos con alta autoestima tienen mayor probabilidad de alcanzar sus metas que aquellas personas con un nivel más bajo (Tang y Reynolds, 1993). El tema fundamental, aquí, es el éxito de la tarea, dado que en el contexto de la movilidad el éxito no proviene de cumplir con las leyes de tránsito, sino de tiempos eficientes y daños mínimos a la unidad y a los pasajeros del vehículo (y preferentemente a aquellos individuos que se encuentran inmersos en el contexto).

Sin embargo, en el tema de la agresividad vial, es posible que la relación entre autoestima y metas no sea tan lineal. Aunque Dorantes-Argandar y Cerda-Macedo (en prensa) argumentan que el comportamiento prosocial en la movilidad está fuertemente ligado a factores de personalidad enfocados a las metas –la autoeficacia y la esperanza–, es posible que la relación entre agresividad y autoestima no sea tan fuerte por la complejidad emocional involucrada.

Dado que la movilidad está basada en principios de cooperación en la interacción social, así como en reglas prescriptivas que enfatizan la cortesía, auto-control y respeto al derecho de los otros, acciones de naturaleza competitiva, hostil y en búsqueda de sensaciones, deben estar positivamente asociadas con el comportamiento agresivo (Harris *et al.*, 2014). El cúmulo de experiencias hostiles genera esquemas cognitivos que favorecen la tendencia a atribuir de ese modo, pero muchos otros factores inherentes al individuo influyen en el procesamiento de la información (Yeager, Miu, Powers y Dweck, 2013).

Las condiciones ambientales que promueven amenazas y conflictos potenciales tendrán un efecto debilitante en la precisión de la interpretación de las claves sociales en los individuos agresivos, mientras que este efecto no se observa en quienes no lo son (Dodge y Somberg, 1987). Esto lleva a pensar que los factores de personalidad orientados hacia las metas están relacionados con el comportamiento prosocial, como postulan Dorantes-Argandar y Cerda-Macedo (en prensa), mientras que aquellos factores orientados hacia los recursos están más relacionados con el comportamiento agresivo y la atribución hostil.

ATRIBUCIÓN HOSTIL

¿Es el ser humano propenso a atribuir de manera hostil? Los individuos son víctimas de sus procesos cognitivos, y por ello aparecen errores o sesgos en su información. En esta situación, el proceso evolutivo favoreció el ver o interpretar amenazas donde no las hay, para que la probabilidad objetiva de supervivencia de un individuo se viera incrementada. Dicho de otra manera, aquellos individuos que atribuyeron intenciones hostiles del entorno y a otros individuos sobrevivieron más que quienes no lo hicieron, lo que ocasionó que este sesgo se alojara profundamente en el proceso cognitivo del ser humano contemporáneo.

El sesgo de atribución hostil se define como la tendencia a atribuir intenciones hostiles en los actos de otros con mayor frecuencia de los esperado (Dodge y Somberg, 1987); se ha relacionado con la rigidez de las asunciones de los individuos sobre los demás (Yeager *et al.*, 2013), y ocurre cuando se infiere hostilidad en ausencia de evidencia objetiva que confirme tal asunción (Helfritz-Sinville y Stanford, 2014). La hostilidad es una tendencia general de comportarse antagónicamente, pensar cínicamente y atribuir automáticamente intenciones negativas a los comportamientos de otros (Kovácsová, Rosková y Lajunen, 2014).

Las inferencias del individuo sobre el comportamiento hostil en las interacciones sociales se adquieren durante el desarrollo, en encuentros repetitivos caracterizados por hostilidad y agresión, y conlleva a la formación de esquemas cognitivos que predeterminan la propensión al comportamiento hostil (MacKinnon-Lewis, Lindsey, Frabutt, y Chambers, 2014). Atribuir frustración a la carencia de intención de un evento experimentado reduce la probabilidad del desencadenamiento de un comportamiento agresivo, pero no reduce el enojo (Krieglmeyer, Wittstadt, y Strack, 2009).

Es posible que los factores detrás del auto-control sean claves para entender por qué los individuos responden agresivamente. Los individuos predisuestos a acceder a estructuras cognitivas de información hostil están más propensos a atribuir intenciones hostiles en situaciones ambiguas, y esto incrementa la probabilidad de ejecutar una respuesta también de naturaleza hostil (MacKinnon-Lewis *et al.*, 2014). Cuando las metas de un individuo están bloqueadas y las causas del bloqueo son atribuidas a otra persona, el enfado se hace manifiesto, especialmente el enfado de rasgo, aún en personas que no califican alto en el enfado de rasgo (Runions y Keating, 2010).

El comportamiento negativo es percibido, en general, como más novedoso que aquellos de naturaleza positiva, y por tanto recibe más atención, un nivel de procesamiento más profundo, y más peso atribucional (Trafimow, Armendariz, y Madson, 2004). Cada vez,

más conductores prefieren interactuar agresivamente, aunque la interacción escale en su nivel de agresividad, en lugar de evitar conflictos que tienen la capacidad de volverse verdaderamente serios en función de las consecuencias que pueden ocasionar, en lugar de perdonar la agresión y seguir su camino (Kováčsová *et al.*, 2014).

Una vez vividas las etapas del desarrollo, el individuo combina en cierto grado las tendencias y disposiciones de enfado y los procesos perceptuales en tiempo real, que dan forma a las interpretaciones hostiles (Runions y Keating, 2010). Todos estos mecanismos están cimentados en las etapas fundamentales del desarrollo, y la intervención de la psicología debería incorporar herramientas y técnicas cuyo fin sea abordar estos constructos mientras se están formando como tal, antes de que se vuelvan rígidas y se cree la necesidad de intervenciones de naturaleza más comunitaria, enfocadas a la participación y el empoderamiento.

HOSTILIDAD Y COMPORTAMIENTO AGRESIVO

El comportamiento agresivo prevalece, cada vez más, en el tema de la movilidad, invariablemente de la modalidad desde donde el individuo enfrenta su transportación. Constantemente encontramos que los individuos se ven enfrascados en un contexto que violenta su bienestar; por ello es indispensable que el individuo mismo se vuelva agresivo en el entendimiento erróneo de que sólo podrá sobrevivir a un entorno agresivo mediante la agresión.

Para evadir las dificultades conceptuales en la diferenciación de un comportamiento agresivo de uno que no lo es, Lennon, Watson, Arlidge y Fraine (2011) consideran que el comportamiento es agresivo sólo si tiene intención de serlo, o tiene como fin reducir el bienestar de otro individuo o conductor. Los estudios de Dorantes-Argandar, Cerda-Macedo, Tortosa-Gil y Ferrero Berlanga, (2015a y 2015b) funcionan en esta misma línea, pero queda la duda: ¿la víctima de un comportamiento inadecuado ha sido agredida o no?,

pues dicho comportamiento pudo carecer de intención de ver reducido el bienestar del otro individuo.

El modelo transaccional de estrés en el conductor propone una interrelación entre factores de personalidad, tales como la agresividad y/o la autoestima, y estresores en el entorno (Lennon *et al.*, 2011), de tal manera que los procesos cognitivos involucrados en la relación de estrés (Lazarus y Folkman, 1984) son determinantes para el entendimiento de las atribuciones causales en el comportamiento en general, más aún en la movilidad.

Los factores de personalidad predicen aspectos de la agresividad vial, a partir de su relación con las atribuciones que los individuos hacen para un incidente determinado (Britt y Garrity, 2006). La inclusión del elemento de intención en las definiciones de agresión vial permite enfocar las motivaciones de los conductores cuando interactúan agresivamente mientras conducen, y su habilidad de distinguir entre comportamientos que son intencionales de aquellos que no, pues estos segundos requerirían de un enfoque diferente si se desea intervenir para paliarlos (Lennon y Watson, 2015).

Aparentemente la agresividad también se aprende. Los conductores con una menor capacidad de controlar su hostilidad son más propensos a los comportamientos agresivos al volante (Kováčsová *et al.*, 2014). La relación entre la agresividad vial y los factores de personalidad es compleja debido a que sólo algunos factores predicen ciertos tipos de respuesta en algunas circunstancias determinadas (Britt y Garrity, 2006).

Esto explica la necesidad de generar indicadores estables, en grandes colectivos de individuos que permitan determinar las condiciones óptimas para generar un descenso en la agresividad vial. Cuando un conductor experimenta una situación que le ocasiona enfado, no tiene el tiempo suficiente de recuperar la tranquilidad emocional; es más probable que desencadene comportamientos de naturaleza agresiva (Kováčsová *et al.*, 2014).

La autoestima y el narcisismo son dos variables de personalidad que han sido asociadas con la agresión (Locke, 2009). Lila, Gracia,

y Herrero (2012) sostienen que la autoestima está relacionada con los factores que promueven las estrategias para evitar la asunción de la responsabilidad en hombres que ejercen violencia, especialmente la violencia de género. Al eliminar los efectos del narcisismo en la autoestima, ésta predice el comportamiento de una naturaleza más prosocial, mientras que eliminar los efectos de la autoestima en el narcisismo predice comportamientos antisociales y desadaptados (Locke, 2009). El comportamiento prosocial se define como un patrón de comportamientos al volante para aumentar la seguridad y bienestar de pasajeros, otros conductores, peatones y demás personas involucradas en el contexto de la movilidad, mediante la cooperación efectiva (Harris *et al.*, 2014).

Esto apoya la idea de que la relación entre la autoestima y el narcisismo no es paralela, pero su trayectoria en algún momento va en la misma dirección. Mientras más acciones agresivas realizan los conductores de una comunidad determinada, más conductores enfadados por ser víctimas de dichas acciones y, por tanto, menos disposición habrá de comportarse prosocialmente (Kováčsová *et al.*, 2014). Los individuos con baja autoestima tienden a minimizar su responsabilidad en hechos violentos (Lila *et al.*, 2012); por ello es posible que la relación entre la agresividad y la autoestima no sea lineal y paralela.

Cualesquiera que sean los demás factores que guían y motivan el comportamiento, éstos tienen sus cimientos en la creencia fundamental de que uno tiene el poder de producir los efectos deseados; de lo contrario se tiene poco incentivo para actuar con perseverancia de cara a las dificultades (Bandura y Locke, 2003). Cuando los individuos están motivados hacia una meta en particular, todos los constructos relacionados con la obtención de metas se activan en la memoria, pero dicho efecto se reduce una vez obtenida la meta. (Bonus, Peebles y Riddle, 2015).

No se entiende con claridad por qué los conductores son capaces de actuar vengativamente cuando se percibe que otro conductor se comporta inadecuadamente (Lennon y Watson, 2015); pero

muy probablemente el origen de dichos comportamientos venga de contextos donde el individuo evoluciona durante su desarrollo, tanto en la formación de esquemas de comportamiento, como en las estructuras que determinan el análisis de la información. Los factores genéticos son los principales responsables de la co-morbilidad entre comportamiento agresivo y desapego a las normas (Bartels *et al.*, 2003); pero hace falta determinar cómo el desarrollo y las experiencias en contextos educativos influyen en la formación de individuos de naturaleza violenta.

El proceso mismo de la cognición social se encuentra vulnerado en individuos de naturaleza más agresiva en comparación con aquellas personas que no lo son (Dodge y Somberg, 1987). Si la agresividad se construye desde la calidad de los constructos y el desarrollo de los mismos, de tal manera que la personalidad misma se ve influenciada por este efecto, es fundamental generar una currícula educativa cuya meta sea generar constructos cognitivos de calidad social, al tiempo que genera conciencia en la interpersonabilidad de los seres humanos. Esto, con el fin de dar marcha atrás a la espiral de violencia y comportamiento agresivo en los cuales la sociedad mexicana contemporánea se está hundiendo.

OTROS ESTUDIOS Y PERSPECTIVAS

¿Qué evidencia empírica se tiene de que los procesos cognitivos y de personalidad influyen en la generación de comportamiento agresivo? Un estudio llevado a cabo en conductores infractores reincidentes –por conducir bajo los efectos del alcohol– encontró que en estas circunstancias los individuos tienden a atribuir externamente y a factores fortuitos las consecuencias de sus actos (Salstone, 2001).

Un estudio realizado en Estados Unidos profundizó en la relación entre las atribuciones agresivas de infantes y su vinculación relacional con pares y otros individuos (Werner, 2012). Otro,

realizado en Suiza (Gasser, Malti y Gutzwiller-Helfenfinger, 2012), también en niños, encontró una relación entre elaboraciones de moralidad, atribuciones emocionales y agresión.

Un estudio llevado a cabo en Holanda (Bartels *et al.*, 2003) demostró que el comportamiento agresivo y el desapego a las normas son características individuales que se heredan de los padres, hasta en un 79% en hombres y 56% en mujeres. Otro estudio llevado a cabo en Holanda (Reef, Diamantopoulou, Van Meurs, Verhulst y Van Der Ende, 2010) encontró que la aparición de problemas de exteriorización comportamental, tales como el comportamiento agresivo y el desapego a las normas, en cualquier momento del desarrollo, predice la aparición de comportamientos antisociales y desempeño social pobre en la adultez.

Un estudio con niños australianos (Runions y Keating, 2010) determinó que el control inhibitorio y la disposición al enfado determina la predisposición al comportamiento agresivo. Y otro estudio, con adolescentes españoles, encontró relación entre auto-concepto, autoestima y comportamiento agresivo, tanto en niñas como en niños (Torregrosa, Ingles y Garcia-Fernandez, 2011).

También hay estudios en estos temas enfocados directamente a la movilidad. Un estudio realizado en Australia encontró que los conductores que pueden llegar a comportarse agresivamente son capaces de percibir sus actos como agresivos; y que la responsabilidad recae en ellos, pero atribuyen el comportamiento a lapsos temporales de juicio, de tal manera que la autoestima del individuo se preserva de los defectos de personalidad inherentes a ese acto (Lennon *et al.*, 2011). En Estados Unidos, un estudio (Benfield, Szlemko y Bell, 2007) determinó que los individuos que atribuyen características antropomorfas a los vehículos que conducen son más propensos a incurrir en comportamientos agresivos hacia otros conductores.

Al parecer, la propensión a extender la personalidad inherente del individuo a los objetos inanimados influye en los procesos de atribución y elaboración, de los cuales depende la interacción. Kim

y Hoon (2015) estudiaron la relación entre las atribuciones causales, las emociones y los juicios de satisfacción en referencia a la utilización de equipo deportivo en Estados Unidos. Aunque el tema del equipo deportivo no parece muy relevante en la psicología de movilidad, manejo de emociones en desempeño de la tarea sí lo es. Inclusive en contextos laborales se encuentran estudios de cómo los procesos atributivos inciden en la interacción y la generación de comportamiento agresivo.

En Australia, otro estudio determinó que la dirección de la atribución en la responsabilidad de un accidente de tránsito influye en la satisfacción con la atención recibida de los servicios de salud (Thompson, Berk, O'Donnell, Stafford y Nordfjaern, 2015). Otro realizado en China (Wu, Zhang, Chiu, Kwan y He, 2014) analizó el impacto de los sesgos atribucionales y las relaciones interpersonales entre empleados de una fábrica.

Una amplia evidencia sostiene que la manera y las estructuras involucradas en la construcción de la realidad por parte de los individuos está directamente relacionada con el comportamiento agresivo de los individuos en diversas etapas de su desarrollo y en diversos ámbitos de la actividad humana.

QUO VADIS

La agresividad es una problemática que afecta el bienestar de nuestras sociedades, y muy difícilmente regresaremos a las interacciones pacíficas y más controladas del siglo pasado. Tomando en cuenta muchos aspectos, las generaciones medianamente adultas de hoy se enfrentan a una realidad cruel, pero también vienen y van ya imbuidas en un sistema de procesamiento de la información que los predetermina a la agresividad.

Generar conciencia en los individuos es un proceso fundamental para recuperar nuestras sociedades y comunidades, también crucial para garantizar el mantenimiento de nuestras estructuras

sociales, como hace 20 o 30 años (porque hoy en día la decadencia es evidente: hasta existen señales de que será harto difícil revertir este proceso), la revalorización de los procesos educativos mismos mediante los cuales se generan los individuos que llevarán sobre sus hombros la sociedad dentro de 20 o 30 años, asunto primordial para la supervivencia de nuestros modos de vida.

La consciencia de las consecuencias de los actos propios precede a los sentimientos de responsabilidad que activan los mecanismos morales desencadenantes de comportamientos, más benévolos en su naturaleza (De Groot y Steg, 2009), que son más orientados a generar una sociedad cuya meta sea, no sólo la supervivencia de todos sus miembros, sino el bienestar óptimo de los mismos.

Aparentemente, el *priming* (primacia) del comportamiento prosocial incide fuertemente en su desencadenamiento. (Abbate, Ruggieri, y Boca, 2013), lo cual nos haría pensar que, si estamos migrando los programas educativos a procesos más participativos en la generación de conciencia, conocimiento y aprendizaje, entonces necesitamos guías y educadores que tengan como objetivo el comportamiento dirigido hacia el bienestar de los demás, los procesos de construcción de la realidad, y el entendimiento de que el ser humano se debe de convertir en un ser de participación social y comunitaria.

La relación de los adolescentes con su propia escuela tiene un efecto paliativo en la prevalencia del comportamiento agresivo, delictivo e impulsivo (Liu *et al.*, 2016), así como en la promoción de técnicas de reconocimiento emocional y control (Vatankhah, Daryabari, Ghadami y KhanjanShoeibi, 2013). Es posible que estrategias de aprendizaje colaborativo y concientizador, en el sentido propuesto por Freire (Reynolds y Miller, 2003) tengan un efecto positivo en la manera como el ser humano entiende su entorno e interactúa con él; asimismo, el individuo se comportaría mejor con los demás miembros de su comunidad (Bechtel y Ts'erts'man, 2002).

REFERENCIAS

- Abbate, C. S., Ruggieri, S., y Boca, S. (2013). The Effect of Prosocial Priming in the Presence of Bystanders. *The Journal of Social Psychology*, 153(5), 619-622. <http://doi.org/10.1080/00224545.2013.791658>
- Bandura, A., y Locke, E. a. (2003). Negative self-efficacy and goal effects revisited. *The Journal of Applied Psychology*, 88(1), 87-99. <http://doi.org/10.1037/0021-9010.88.1.87>
- Bartels, M., Hudziak, J. J., Van den Oord, E. J. C. G., Van Beijsterveldt, C. E. M., Rietveld, M. J. H., y Boomsma, D. I. (2003). Co-occurrence of aggressive behavior and rule-breaking behavior at age 12: Multi-rater analyses. *Behavior Genetics*, 33(5), 607-621. <http://doi.org/10.1023/A:1025787019702>
- Bechtel, R. B., y Ts'erts'man, A. (2002). *Handbook of environmental psychology*. <http://doi.org/10.1016/j.jenvp.2004.02.001>
- Benfield, J. A., Szlemko, W. J., y Bell, P. A. (2007). Driver personality and anthropomorphic attributions of vehicle personality relate to reported aggressive driving tendencies. *Personality and Individual Differences*, 42(2), 247-258. <http://doi.org/10.1016/j.paid.2006.06.016>
- Bonus, J. A., Peebles, A., y Riddle, K. (2015). The influence of violent video game enjoyment on hostile attributions. *Computers in Human Behavior*, 52, 472-483. <http://doi.org/10.1016/j.chb.2015.05.044>
- Britt, T. W., y Garrity, M. J. (2006). Attributions and personality as predictors of the road rage response. *The British Journal of Social Psychology / the British Psychological Society*, 45(Pt 1), 127-147. <http://doi.org/10.1348/014466605X41355>
- De Groot, J. I. M., y Steg, L. (2009). Morality and prosocial behavior: the role of awareness, responsibility, and norms in the norm activation model. *The Journal of Social Psychology*, 149(4), 425-449. <http://doi.org/10.3200/SOCP.149.4.425-449>
- Dodge, K. a, y Somberg, D. R. (1987). Hostile attributional biases among aggressive boys are exacerbated under conditions of threats to the self. *Child Development*, 58(1), 213-224. <http://doi.org/10.1111/1467-8624.ep7264206>
- Dorantes-Argandar, G., Cerda-Macedo, E. A., Tortosa-Gil, F., y Ferrero Berlanga, J. (2015a). Accidentalidad de automóviles de uso particular en México: influencia del estrés y la agresividad. *Psiencia Revista Latinoamericana de Ciencia Psicológica*, 7(3), 418-427. <http://doi.org/10.5872/psiencia/7.3.121>
- Dorantes-Argandar, G., Cerda-Macedo, E. A., Tortosa-Gil, F., y Ferrero Berlanga, J. (2015b). Agresividad vial como predictor del estrés y del comportamiento prosocial, y su influencia en la siniestralidad de vehículos particulares en México. *Ansiedad Y Estrés*, 21(3), 207-217.

- Gasser, L., Malti, T., y Gutzwiller-Helfenfinger, E. (2012). Aggressive and nonaggressive children's moral judgments and moral emotion attributions in situations involving retaliation and unprovoked aggression. *The Journal of Genetic Psychology: Research and Theory on Human Development*, 173(4), 417-439. <http://doi.org/10.1080/00221325.2011.614650>
- Harris, P. B., Houston, J. M., Vazquez, J. A., Smither, J. A., Harms, A., Dahlke, J. A., y Sachau, D. A. (2014). The Prosocial and Aggressive Driving Inventory (PADI): A self-report measure of safe and unsafe driving behaviors. *Accident Analysis and Prevention*, 72, 1-8. <http://doi.org/10.1016/j.aap.2014.05.023>
- Helfritz-Sinville, L. E., y Stanford, M. S. (2014). Hostile attribution bias in impulsive and premeditated aggression. *Personality and Individual Differences*, 56(1), 45-50. <http://doi.org/10.1016/j.paid.2013.08.017>
- Kim, J. W., y Hoon, S. (2015). The role of causal attributions in sport consumers' emotions and satisfaction judgment, 43(5), 803-814.
- Kováčsová, N., Rosková, E., y Lajunen, T. (2014). Forgivingness, anger, and hostility in aggressive driving. *Accident Analysis and Prevention*, 62, 303-308. <http://doi.org/10.1016/j.aap.2013.10.017>
- Krieglmeyer, R., Wittstadt, D., y Strack, F. (2009). How attribution influences aggression: Answers to an old question by using an implicit measure of anger. *Journal of Experimental Social Psychology*, 45(2), 379-385. <http://doi.org/10.1016/j.jesp.2008.10.003>
- Lazarus, R., y Folkman, S. (1984). *Stress, appraisal, and coping*. *Behaviour Research and Therapy* (Vol. 23). New York: Springer Publishing Company. [http://doi.org/10.1016/0005-7967\(85\)90087-7](http://doi.org/10.1016/0005-7967(85)90087-7)
- Lennon, A. J., y Watson, B. C. (2015). A matter of style? Driver attributional "style" in accounting for the driving of others as protective or as predisposing drivers towards retaliatory aggressive driving. *Transportation Research Part F: Traffic Psychology and Behaviour*, 30, 163-172. <http://doi.org/10.1016/j.trf.2015.03.001>
- Lennon, A., Watson, B., Arlidge, C., y Fraine, G. (2011). "You're a bad driver but i just made a mistake": Attribution differences between the "victims" and "perpetrators" of scenario-based aggressive driving incidents. *Transportation Research Part F: Traffic Psychology and Behaviour*, 14(3), 209-221. <http://doi.org/10.1016/j.trf.2011.01.001>
- Lila, M., Gracia, E., y Herrero, J. (2012). Asunción de responsabilidad en hombres maltratadores: influencia de la autoestima, la personalidad narcisista y la personalidad antisocial [Responsibility assumption among male batterers: self-esteem, narcissistic and antisocial personality influence]. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 44(2), 99-108. Retrieved from <http://dialnet.unirioja.es/servlet/extart?codigo=4015653>

- Liu, S., Yu, C., Zhen, S., Zhang, W., Su, P., y Xu, Y. (2016). Influence of inter-parental conflict on adolescent delinquency via school connectedness: Is impulsivity a vulnerability or plasticity factor? *Journal of Adolescence*, 52, 12-21. <http://doi.org/10.1016/j.adolescence.2016.07.001>
- Locke, K. D. (2009). Aggression, narcissism, self-esteem, and the attribution of desirable and humanizing traits to self versus others. *Journal of Research in Personality*, 43(1), 99-102. <http://doi.org/10.1016/j.jrp.2008.10.003>
- MacKinnon-Lewis, C., Lindsey, E. W., Frabutt, J. M., y Chambers, J. C. (2014). Mother-Adolescent conflict in African American and European American families: The role of corporal punishment, adolescent aggression, and adolescents' hostile attributions of mothers' intent. *Journal of Adolescence*, 37(6), 851-861. <http://doi.org/10.1016/j.adolescence.2014.05.005>
- Reef, J., Diamantopoulou, S., Van Meurs, I., Verhulst, F., y Van Der Ende, J. (2010). Predicting adult emotional and behavioral problems from externalizing problem trajectories in a 24-year longitudinal study. *European Child and Adolescent Psychiatry*, 19(7), 577-585. <http://doi.org/10.1007/s00787-010-0088-6>
- Reynolds, W. M., y Miller, G. J. (2003). *Handbook of Psychology, Educational Psychology*. <http://doi.org/10.1037/005272>
- Robins, R. W., y Pals, J. L. (2002). Implicit self-theories in the academic domain: implications for goal orientation, attributions, affect and self-esteem change. *Self and Identity*, 1(1), 313-336. <http://doi.org/10.1080/1529886029010680>
- Runions, K. C., y Keating, D. P. (2010). Anger and inhibitory control as moderators of children's hostile attributions and aggression. *Journal of Applied Developmental Psychology*, 31(5), 370-378. <http://doi.org/10.1016/j.app-dev.2010.05.006>
- Salstone, R. (2001). Attribution Differences for Driving while Impaired: A Comparison of Alcoholics, Inmates, and Impaired Drivers. *The Journal of Social Psychology*. <http://doi.org/10.1177/017084068800900203>
- Tang, T. L., y Reynolds, D. B. (1993). Effects of Self-Esteem and Perceived Goal Difficulty on Goal Setting, Certainty, Task Performance, and Attributions. *Human Resource Development Quarterly*, 4(2), 153-170.
- Thompson, J., Berk, M., O'Donnell, M., Stafford, L., y Nordfjaern, T. (2015). The association between attributions of responsibility for motor vehicle accidents and patient satisfaction: a study within a no-fault injury compensation system. *Clinical Rehabilitation*, 29(5), 500-508. <http://doi.org/10.1177/0269215514546009> [doi]
- Torregrosa, M. S., Ingles, C. J., y Garcia-Fernandez, J. M. (2011). Aggressive Behavior as a Predictor of Self-Concept: A Study with a Sample of Spanish Compulsory Secondary Education Students. *Psychosocial Intervention*, 20(2), 201-212. <http://doi.org/10.5093/in2011v20n2a8>

- Trafimow, D., Armendariz, M. L., y Madson, L. (2004). A test of whether attributions provide for self-enhancement or self-defense. *The Journal of Social Psychology*, 144(5), 453-463. <http://doi.org/10.3200/SOCP.144.5.453-464>
- Vatankhah, H., Daryabari, D., Ghadami, V., y KhanjanShoeibi, E. (2013). Teaching How Life Skills (Anger Control) Affect the Happiness and Self-esteem of Tonkabon Female Students. *Procedia-Social and Behavioral Sciences*, 84, 914-918. <http://doi.org/10.1016/j.sbspro.2013.06.673>
- Werner, N. E. (2012). Do hostile attribution biases in children and parents predict relationally aggressive behavior? *The Journal of Genetic Psychology*, 173(3), 221-45. <http://doi.org/10.1080/00221325.2011.600357>
- Wu, L. Z., Zhang, H., Chiu, R. K., Kwan, H. K., y He, X. (2014). Hostile Attribution Bias and Negative Reciprocity Beliefs Exacerbate Incivility's Effects on Interpersonal Deviance. *Journal of Business Ethics*, 120(2), 189-199. <http://doi.org/10.1007/s10551-013-1658-6>
- Yeager, D. S., Miu, A. S., Powers, J., y Dweck, C. S. (2013). Implicit theories of personality and attributions of hostile intent: A meta-analysis, an experiment, and a longitudinal intervention. *Child Development*, 84(5), 1651-1667. <http://doi.org/10.1111/cdev.12062>